

Prólogo

A Sol Vital

Estamos en enero de 1945. Un joven de 27 años viaja de Guadalajara a la capital del país para acompañar a uno de sus tíos (carta III). Poco antes, ese casi muchacho que firma cartas de amor con el nombre de Juan Rulfo ha pedido a Clara Angelina Aparicio Reyes que formalmente sea su novia.

Clara es entonces vecina de Guadalajara, aunque nació en la ciudad de México un 12 de agosto (carta VII). Juan ya lo ha adivinado: ella será quien lo inspire (carta I: “Desde que te conozco...”) y lo fortalezca ante las presiones del exterior: la metrópoli incitante y abrumadora; el poder político, que recibirá de él la crítica esencial; el mundo literario, del que él se mantendrá alejado —sobre todo entonces, mientras elabora la mejor novela y los cuentos más sabiamente escritos de nuestra literatura— y que en esos años le proporcionará una amistad decisiva, la de Efrén Hernández (carta LXXVII). Guardamos un documento de la inevitable espera de tres años que Clara le impone: la carta II, que transustancia la pena del autor en una página de melancólico talante lírico.

Los papeles de un gran escritor tienen, sí, carácter de documentos. Se trata en nuestro caso, antes que nada, de una nueva oportunidad de acercarnos a la revelación del milagro: ¿cómo es que Rulfo escribió esas trescientas páginas que Gabriel García Márquez ha puesto a la altura de las de Sófocles?

Un escritor importante es un centro donde confluyen tradiciones y relatos, voces e ideas, inquietudes y preguntas. Hay una hora en que todas esas potencias armonizan como los instrumentos de una orquesta que tocara en plena intemperie o en el campo de batalla y consiguiera convertir en sonidos las estridencias. Entonces el escritor expresa para los otros lo que los otros viven sin revelación, lo que los otros experimentan sin que eso se les entregue con la intensidad y la secreta nitidez con que sucede en la vida.

Las ochenta y cuatro cartas, escritas entre octubre de 1944 y diciembre de 1950, testimonian los empeños del autor mientras por su persona pasan —y allí se organizan y adquieren la dimensión paradigmática de la literatura— los convulsos universos de *El Llano en llamas* (1953) y de *Pedro Páramo* (1955).

En el año 2000 hubo una edición con ochenta y un textos. Ahora se publica la edición definitiva con tres documentos más: una tarjeta postal, un poema-carta (“Yo te amo”) y una carta. Fotos alusivas, presentadas por primera vez, recrean la época.

Las misivas atestiguan también la importancia del amor y, más adelante, de la familia en la construcción de un mundo propio para quien hará de Comala, de Luvina, de San Gabriel, de Talpa, territorios simbólicos que, cerrados y opresivos para los personajes, se abren ya para siempre a los lectores y no dejan de deslumbrarlos.

“Yo soy un desequilibrado de amor”, escribe Rulfo a su futura esposa (carta III). Y ella, con su nombre de epifanía —clara luz, aparición—, será crucial para que el desequilibrio —sobreabundancia de energía destinada a una sola persona— se apacigüe, tome cauce y vaya fluyendo hecho escritura de los dos: “en tus cartas [...] hay una gran serenidad al decir las cosas que me gusta” (carta XIX).

Entonces él participa, con esmero, en la realización material del matrimonio y la vida cotidiana. De esa forma la veneración por la joven que suscita el recuerdo de María, madre del escritor (carta IV), se transfigura en experiencia del doble mundo desde donde él va a dar vida a su obra: el del terruño y de la infancia, por una parte, y el de la ciudad y la madurez emocional y artística, por otra. Es que la mujer funde y revive dos edades, dos épocas, dos ámbitos, y por eso no es casual que los primeros años fértiles de Rulfo coincidan con el inicio de la relación epistolar entre él y Clara.

La misma dualidad —lúdica unas veces, estremecida otras, siempre fundamental para que una persona aprenda a concebir un personaje— aparece allí donde Rulfo ramifica su propia figura y la de Clara en “yo”, “él”, “Juan” o “ese muchacho”, por un lado, y “tú” y “Ella” o “Clara”, “Clara Aparicio”, por otro: el amor se desdobra para verse y expresarse, y eso sucede de modo afín a aquel que ocurre cuando el escritor va sacando de sí mismo —de las internas voces oscuras, de las oquedades lejanamente audibles— los primeros esbozos de algunos de sus personajes, a los que llama con palabras diferentes de “tú” y “yo”:

Clara, mi madre murió hace 15 años; desde entonces, el único parecido que he encontrado con ella es Clara Aparicio, alguien a quien tú conoces, por lo cual vuelvo a suplicarte le digas me perdone si la quiero como la quiero (carta IV).

La invención literaria se va gestando entre el parecido y el desdoblamiento y en un espacio de afectos. Algo similar ocurre cuando el escritor compara dicciones como una seña de amor y como un ejercicio: “A veces me sucede que, cuando alguien dice algo, me digo: Claris lo diría de este otro modo. Y te veo a ti diciéndolo” (carta XX). Y también busca él en ella esa capa-

cidad para la síntesis que será determinante para la obra: “[...] me dices tantas cosas en tan poquitas palabras, cuando yo necesito dos o tres hojas para decirte una sola [...]” (carta LVI).

Hace sesenta años, una carta era pretexto para la charla y el juego, para la reflexión que matiza y la confesión que tiene largas consecuencias; para, en fin, la levedad y la profundidad. Era también el espacio del acuerdo cotidiano y de las aclaraciones urgentes. Y si la alquimia de Rulfo da tesitura oral al texto escrito y trascendencia poética a viejas voces e historias oídas, inventadas y vividas de niño, las cartas a Clara son un ejercicio con el cual la mano se relaja, toma confianza y se mantiene ágil y con el cual algunas expresiones populares, hijas de la boca y del tímpano, se aclimatan al papel, cuya dimensión ausente, el volumen —el volumen de la vida—, resurge justo gracias a la feliz pertinencia del estilo.

Y es así como los prefijos “re” y “rete” de algunas cartas traviesas preparan el irónico “la otra que era rete alta”, del cuento “Acuérdate”. Y el “tiliches” de la carta XXV augura el “Tiliches —me dijo ella—. Tengo la casa toda entilichada”, de Eduviges Dyada a Juan Preciado en *Pedro Páramo*.

Más hondamente, el “Yo te pedí ayuda una vez” (carta XII) insinúa las corrientes subterráneas que años después desembocarán en el “Susana —dijo. Luego cerró los ojos—. Yo te pedí que regresaras”, del monólogo final de *Pedro Páramo*. Cada escritor tiene expresiones que le sirven como lechos de río para hacer fluir frases fundamentales: el “Yo te pedí” debió resonar en el corazón y en la cabeza de Rulfo mientras daba vida a aquel Pedro ciego, impulso puro, quien, aun así, alcanza su estatura trágica y su redención como personaje inconfundible porque su autor sabe imbuirlo con la fuerza afectiva que él mismo experimentó.

De idéntico modo, a Juan le gusta cerrar los ojos cuando evoca a Clara (cartas XLVII y XLIX), igual que Pedro cuando alguien

le recuerda a Susana: “y en cuanto sale a relucir tu nombre, cierra los ojos”. Ese acto físico, íntimo, casi defensivo, preserva la privacidad última del protagonista y expresa indirectamente una pasión que, de tan honda, le exige al ser que se vuelque sobre sí y cierre las puertas.

Ahora bien, aquí no se trata de trazar paralelos fijos entre personas y personajes, sino de reconocer que la materia cruda de la vida es el impulso inicial para transformaciones verbales y anímicas que alguna vez emergerán convertidas en acontecimientos literarios; de reconocer, asimismo, que los documentos en torno a una obra ya clásica merecen gravitar alrededor de ésta, en la medida en que los lectores agradecidos y discretos saben discernir las relaciones entre unos y otra.

Una fina relación de ese tipo se establece cuando Juan explica a Clara que quiere organizar muy bien sus cosas para poder vivir tranquilo con ella, y al exponerle las razones sugiere una noción muy suya del tiempo de la vida y el contratiempo de la muerte: “La vida es corta y estamos mucho tiempo enterrados” (carta XII). La intensidad de su conciencia del tiempo será una de las claves de la concepción de *Pedro Páramo*, no sólo cuando Dorotea le diga a Juan Preciado: “Haz por pensar en cosas agradables porque vamos a estar mucho tiempo enterrados”, sino cuando las ánimas en pena, agobiadas porque se les usurpó la libertad —la sustancia— vuelquen el destiempo de la eternidad en las horas de los vivos.

En las cartas de Rulfo brilla, entre otros rasgos, un espíritu autocrítico esencial en todo artífice auténtico y, a la vez, muy riesgoso. De las respuestas de él se deduce que Clara lo está animando a matizar ese espíritu, que no lo deja mostrarle sus textos ni siquiera a ella: efectivamente, Juan mantiene frente a éstos una actitud cautelosa (cartas XXXIV, XXXV y LXII). Tal actitud es otro de los casi milagrosos equilibrios que a la larga harán posible esas dos fulguraciones de la literatura universal

que son *El Llano en llamas* y *Pedro Páramo*. De hecho, la exploración de la convergencia en una sola persona del espíritu autocrítico, de un oído atento, de una rica imaginación y de un inmenso poder verbal perfectamente calibrado, debería ser el hilo conductor para quien quisiera acercarse a la obra y la vida de Rulfo: las cartas a Clara serían, para ese investigador, un material insustituible. En otros términos, la vocación de explicar la génesis de los textos canónicos pasa por la meditada lectura y el sopesado juicio de materiales tan valiosos como los que aquí se presentan. Éstos, por lo demás, tienen un valor intrínseco por la belleza, la nítida inteligencia, la perspicacia y la emoción de tantos pasajes.

Una breve cronología se hace, por cierto, indispensable para quien quiera gozar la sustancia de la correspondencia: Juan Rulfo —quien nació el 16 de mayo de 1917 en Apulco, Jalisco— conoce a Clara hacia 1941 en Guadalajara, cuando ella tiene 13 años. Como Dante a Beatriz, deberá seguirla a la distancia por mucho tiempo, informándose aquí y allá sobre su domicilio y sus padres (“me metí en tantos trabajos para dar contigo...”: carta III) y presentándose finalmente a éstos para exponerles su propósito. En 1944 habla con ella, después de encontrarla en el café Nápoles de Guadalajara (carta XVIII), hoy desaparecido. Es entonces cuando ella, quien por fin se ha percatado de la discreta presencia del joven empleado de Gobernación, le antepone el plazo de tres años (carta II). Juan acepta, y en las cartas es notoria la creciente alegría que le causa el paulatino pero inexorable cumplimiento de la condición, hasta que en 1947 el noviazgo es una realidad, y la pareja habla de los preparativos para la boda. Ésta se llevará a cabo en el templo de El Carmen, también de Guadalajara, el 24 de abril de 1948.

Entretanto, el país ha pasado del gobierno conservador y conciliador de Manuel Avila Camacho (1940-1946) al régimen impetuoso de Miguel Alemán Valdés (1946-1952), bajo el cual

habrá de consumarse la definitiva instauración de la burguesía en el poder, y allí se dará un íntimo maridaje con la clase política, tal como lo exhibe Carlos Fuentes en su díptico *La región más transparente* (1958) y *La muerte de Artemio Cruz* (1962).

La ciudad —dos de cuyos barrios, Nonoalco y la Merced, aparecen en las primeras versiones de “Paso del Norte”, de *El Llano en llamas*— experimenta entonces una transfiguración vertiginosa, de la que dan cuenta las fotografías de Gustavo Casasola (Historia gráfica de la Revolución Mexicana) y también las del joven Rulfo, cuya pasión por la cámara hará de él un fotógrafo y depurará su talento para percibir tanto paisajes como templos, casas, ruinas; el don gráfico, aquilatado y multiplicado, se consumará en descripciones como la de la iglesia sin techo de “Luvina”.

Y es que, de la misma manera que el oído y la mano aprenden a conectarse y a aliarse naturalmente por medio de la escritura de cartas, el ojo, creador instintivo de metonimias visuales, se ejercita y adiestra por medio de la fotografía (carta XL) y de la cuidadosa observación y el estudio de espacios arquitectónicos. De hecho, el Rulfo experto en fotografía de interiores y exteriores, descubierto por los especialistas y preservado por la Fundación que lleva su nombre, es autor de 400 textos sobre el tema; tales páginas, prácticamente inéditas, representan aún hoy una veta casi virgen.

En aquellos pocos años excepcionales, la capital del país parece próxima al ideal de la polis moderna —espacio de civilización y libertad, cuidadoso equilibrio entre la naturaleza y las obras humanas—, antes de sucumbir ante los estragos de la corrupción y de la ineptitud y ante las consecuencias abrumadoras del abandono del campo en beneficio de una industrialización siempre unilateral, que obligará a los personajes rulfianos a emigrar a la urbe con su carga de expectativas frustradas en aspectos capitales como el reparto agrario y la

justicia (“Nos han dado la tierra”), los servicios médicos (“No oyes ladrar los perros”), la educación y el trabajo (“Luvina”). En uno de sus últimos textos, Rulfo mirará con su claridad y concisión características algunos de los más urgentes temas y problemas del presente mexicano, ya sugeridos en su obra:

“Mexicano” es una definición civil. Abarca lo mismo a quien posee, gracias a su única lengua, el castellano, todas las riquezas culturales del mundo, que al campesino que abandona el campo destruido por la corrupción y la erosión, los caciques y la sequía, y busca un trabajo que no hallará en las grandes ciudades: México, Guadalajara, Monterrey.

Frontera entre dos civilizaciones que se oponen desde que los romanos sojuzgaron a las tribus germanas, México —por obra de su debilidad y no de su fuerza— está “colonizando” el sur angloamericano. Los estados fronterizos de ambas naciones ya forman un país bicultural y bilingüe por encima de las fronteras políticas (“México y los mexicanos”, México Indígena, Instituto Nacional Indigenista, número extraordinario, 1986, 74-75, 75).

A esa incipiente megalópolis, en fin, llegará el joven Rulfo, primero de manera provisional o esporádica, de 1932 a 1942 (carta LX) y en enero-febrero y agosto de 1945 y 1946, y luego ya de forma definitiva, a partir del lunes 3 de febrero de 1947 (carta X), en plenos inicios del sexenio alemanista, cuando un amago de huelga petrolera, que amenaza el abasto de gasolina, y una absurda matanza de civiles en Tapachula, Chiapas, desafían al Presidente y al secretario de Gobernación, Héctor Pérez Martínez.

La Revolución está entonces en manos de los cachorros, esos ambiciosísimos herederos de los grandes caudillos; y los espacios urbanos hacen visible una toma del poder que exclui-

rá a los hijos ya transculturados, ya urbanizados, de los viejos inmigrantes de raíz rulfiana: a todos aquellos, en fin, que — *Los olvidados*— crearán sus propias formas de resistencia y sus propios cauces trágicos y que serán incapaces —tal es su recelo— de aceptar la ayuda de las instituciones cuando ésta alcance a presentarse, como ocurre con el desaprovechado gesto amistoso del director de la correccional en la película de Luis Buñuel.

Por su parte, Juan vive con la angustia de que tal vez tenga que convertirse en capataz de obreros sometidos a rudas condiciones de trabajo (carta XII). En cuanto a la literatura, trabaja entonces con dos líneas: la urbana, fruto de sus experiencias presentes, como se advierte en “Un pedazo de noche” y otros fragmentos de la época, y la que retoma las historias y los mitos de la vieja región de la infancia. Triunfará esta última, sin duda también porque la “claridad esclarecida” de Clara arroja luz sobre un pasado que hasta entonces sólo se puebla de ánimas en pena, de orfandad taciturna y condolidas.

Hay una foto de 1923, el mismo año en que el padre muere asesinado en una vereda a la edad eucarística de los treinta y tres: el niño, sentado en el suelo del patio del Colegio Josefino de San Gabriel, donde estudia sus primeras letras, mira absorto e intenso hacia ese presente y ese futuro siempre sugeridos y unidos por la cámara; hay en él un principio de concentración, de aguda y casi un poco perturbada conciencia infantil frente al mundo, de naciente seriedad ante la tarea asumida. Las sucesivas pérdidas del padre, Juan Nepomuceno Pérez Rulfo, “Cheno” (1887-1923), y de la madre, María Vizcaíno Arias (1895-1927), exacerbarán esa conciencia hasta hacerla también inocultable dolor, “cosa que nos mira y se va, como se va la sangre de la herida” (carta I). Sólo por obra de Clara y después de los hijos (él celebra a los dos primeros, Claudia y Juan Francisco, en la parte final de la correspon-

dencia), Juan se reconciliará con el agustiniano presente de su pasado y podrá convertirse en aquello que de algún modo sugiere ya la mirada del niño: en uno de los más grandes observadores y narradores, en aquel cuyas historias seguirán dándonos las imágenes fundamentales de la tragedia de una región, un país, un continente en los que el tiempo del mito tendrá siempre las mismas sílabas que Rulfo.

ALBERTO VITAL
Seminario de Hermenéutica
Instituto de Investigaciones Filológicas
Universidad Nacional Autónoma de México